

# LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

## REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).  
Cerrada (Doña Elena).  
Gimeno (Doña Concepcion).  
Guiomar de Torresao (escritora portuguesa).  
G. de Neda (Doña Carmen).  
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrudis).  
Jimenez de Moya (Doña Julia).  
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).

Aguirre (D. Joaquin).  
Araujo (D. Jacobo).  
Asensio de Alcántara (D. José).  
Balaguer (D. Victor).  
Balius Bonaplata (S. Salvador).  
Barrantes (D. Vicente).  
Bustillo (D. Eduardo).  
Caballero de Puga (D. Eduardo).  
Campillo (D. Narciso).  
Campos y Vassallo (D. Rafael).  
Cardaño (D. Primitivo).  
Castellanos (D. Julian).

Coll y Moncasi (D. Felix).  
Echegaray (D. Miguel).  
Feliu (D. José).  
Fernandez Florez (D. Isidoro).  
Fernandez Neda (D. Rafael).  
Fragoso (D. Fernando).  
Fuenmayor (D. Vicente).  
Galdo (D. Manuel Maria José de).  
García Gutierrez (D. Antonio).  
García Sanchez (D. Ramon).  
Gimenez Cordón (D. Julian).  
Gil Sanz (D. Alvaro).  
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).  
Henao y Muñoz (D. Manuel).  
Hoz (D. Santos de la).  
Llavería (D. Antonio).  
Martín Albo (D. Benito).  
Martínez Pinillos (D. Roman).  
Martínez (D. Joaquin Benigno).  
Massa Sanguinetti (D. Carlos).  
Moncasi (D. Manuel Leon).

Moreno López (D. Carlos).  
Moya (D. Francisco Javier).  
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).  
Palacio (D. Manuel del).  
Peña y Goñi (D. Antonio).  
Pirala (D. Antonio).  
Pontes (D. José Maria).  
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).  
Rodriguez Seoane (D. Luis).  
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).  
Rovira y Valdés (D. Pablo).  
Ruiz Aguilera (D. Ventura).  
Saco (D. Eduardo).  
Sanmartín y Aguirre (D. José F.).  
Sanromá (D. Joaquin Maria).  
Sardoal (Sr. Marqués de).  
Sepúlveda (D. Ricardo).  
Sequeiros (D. Camilo).  
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).  
Valera (D. Juan).  
Zacarías Cazorro (D. Mariano).

Directora, Doña FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

*Nuestra mision*, por F. F.—*La Mujer*, poesía, por D. José F. Sanmartín y Aguirre.—Carta á D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar, por D.<sup>a</sup> Julia Jimenez de Moya.—*Mariana Pineda*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*El Jardín de la Violeta*, por D. Rafael Campos y Vassallo.—*Crónica matritense*, por D. Venustiano R. Hubert.—Solución á las charadas insertas en el número anterior.—Charada.

## NUESTRA MISIÓN.

Espresso con la estension que el público pudo apreciar en el prospecto que circulamos el dia 20 del próximo pasado Mayo el objeto que nos proponiamos al escribir LA MUJER, y más estensamente desenvuelta la idea en el artículo que á la cabeza del primer número publicamos, se creará acaso innecesario que volvamos de nuevo á la cuestion presentándola bajo el punto de vista general de nuestro deseo y de nuestro decidido propósito, y hasta habrá quien presuma que sería más conveniente entrar desde luego en el desenvolvimiento de los detalles ó en el planteamiento de las diferentes cuestiones encaminadas á llevar al ánimo de nuestras simpáticas y bellas lectoras la persuasion de la bondad del pensamiento.

Sin embargo; es tan importante el asunto, encierra un fondo tan moralizador, tiene tanta influencia en la marcha social, y es tan preciso popularizarlo, hoy que las pasiones políticas se han despertado con tanta fuerza entre todos los partidos, que, á riesgo de repetirnos y de aparecer pesados, hemos frecuentemente de dedicar mucha parte de nuestras columnas á poner de relieve los

imprescindibles deberes sociales encomendados á la mujer y la alta y legítima influencia que está llamada á ejercer en la solución de los grandes problemas que se agitan en el mundo, siempre que penetrada de lo que pudiéramos llamar su celestial mision, trabaje con incansable actividad en desarrollar los gérmenes de la virtud y de las pasiones nobles en beneficio de la paz y del amor general.

Y esto es tanto más preciso, cuanto que no há muchos dias ha visto España con el más profundo disgusto la publicacion de periódicos, que dedicados al bello sexo y con el encubierto pretesto de ilustrarlo, no eran otra cosa que torpes lazos tendidos á su inocencia y buena fé, destinados á apoderarse de su influencia en favor de ideas políticas, procurando inclinarse en pro de personas y de ideas determinadas, y escitarle á levantar el espíritu público en un sentido dado, sin considerar siquiera que esta conducta indigna mezclaba á la mujer, en encarnizadas y sangrientas luchas, y la separaba de su noble y levantada mision.

No es seguramente fomentando las pasiones políticas y los ódios de partidos como ha de hacerse á la mujer influir benéfica-mente en la marcha social; que su sexo, por temperamento y por organizacion, no debe ser vil instrumento de ideas criminales ni actor de escenas ni cuadros de desolacion y de ruina.

Si, por desgracia, es cierto que la historia,



aunque por escepcion, nos presenta á muchas mujeres escitando á la lucha á pueblos contra pueblos y familias contra familias; si, muy recientemente, ayer, y lo recordamos con horror, en una de las ciudades más populosas, más ricas, más florecientes y más ilustradas del mundo civilizado, hemos visto á una parte de aquellas renegar, digámoslo así, de su sexo, y marchar como furias vomitadas por el averno á la cabeza de turbas frenéticas dirijiendo actos vandálicos que la pluma se resiste á escribir, tambien lo es que por regla general han seguido siempre la senda contraria, y aquella aberracion de las leyes naturales, aquellos actos de salvajismo llevados á cabo por esas desgraciadas se esplican por la falta de ilustracion en que viven muchas mujeres de algunas clases inferiores en las grandes poblaciones, y por la perversa índole de otras que, encenagadas en el vicio, han olvidado, si es que alguna vez las aprendieron, las más elementales nociones del pudor.

La mujer no ha nacido para tener opinion política, ni para llevar y atizar el fuego de malas pasiones en el hogar doméstico, sino por el contrario, para inculcar en el tierno corazon de sus pequeños hijos ideas de virtud, de amor y de caridad tales, que no pueda jamás borrarlas el tiempo, sean las que quieran las circunstancias en que se encuentren colocados durante su azarosa vida, y para mitigar en sus esposos los sinsabores de las luchas políticas, suavizando sus pasiones y curando las terribles heridas que producen.

Bajo este punto de vista sólo, y nó por rivalidades mezquinas que no abrigamos, nos hemos alegrado en el fondo de nuestra alma de la desaparicion de algunas publicaciones que tuvieron por esclusivo objeto dar á la mujer carácter político confundíendola en la lucha activa de los partidos, y nos hemos alegrado tanto más, cuanto que su desaparicion nos demuestra de un modo indudable que la mujer en España no es masa dispuesta á secundar pensamientos bastardos ni ambiciones infundadas, sino que, conociendo sus deberes, y poseida de que su mision es mucho más elevada como madre y esposa, desprecia todo cuanto puede rebajarla á los ojos del mundo civilizado y aspira

á obtener la gloria que de derecho le corresponde en el perfeccionamiento moral y material de las naciones.

Por eso no nos cansaremos de repetir que huya de la ignorancia y de cuanto tienda á alejarla del camino de la virtud, mirando con desconfianza y desprecio á los que intenten conducirla por el estrecho y espinoso sendero de la política, induciéndola á separarse del espacioso y florido templo de la caridad y del amor al prójimo, y haga por conquistar el puesto que de derecho le corresponde en la escala social, sin perder de vista que el campo de sus luchas es el seno de la familia, donde como madre y como esposa está llamada á reinar educando á sus hijos, inspirando y consolando á su esposo y entregando al movimiento social el fruto de sus trabajos, que siempre será bueno si ha sabido llevar al ánimo del hombre, turbulento por naturaleza, la dulce y blanda influencia del amor y los inefables goces de la filantropía, orígenes más tarde de la paz y la tranquilidad de nuevas familias.

En este sentido su mision es muy noble, muy alta, más noble y más alta que la de todos los hombres reunidos, y para lograrlo, necesita instruccion y perseverancia, escudos en que han de estrellarse las maquinaciones de los que quieren hacerla instrumento de planes y trastornos políticos, tan ajenos á su carácter y á su benéfica mision en la tierra.

F. F.

## LA MUJER.

Dedicada á mi apreciable amiga la distinguida escritora doña Faustina Saez de Melgar.

¡Callad! Que siento hoy arder  
En mi sácrá inspiracion:  
Quiero elevar mi cancion  
En honor de la mujer.

¡Mujer! Tierna flor nacida  
Del mundo entre los eriales,  
Para consolar los males  
Que siente el hombre en su vida.

Angel dulce de consuelo,  
De amor, de paz y de calma,  
Que hace sentir á nuestra alma,  
Todo el éxtasis del cielo.

Azucena la más pura  
Mecida en el valle ameno,

Que oculta en su casto seno  
Un tesoro de ternura.

Deja al vato, que se inspira  
Al oír tu dulce acento,  
Consagrarte el sentimiento  
Que haces brotar á su lira.

Vosotros, que despreciáis  
A la indefensa mujer,  
Y engreídos de poder  
Como á esclava la tratais.

Callad, callad un momento  
Y escuchad ¡ay! mi canción,  
Que es la voz del corazón  
Y el fruto del sentimiento.

Y estudiad, aunque no os cuadre  
De la mujer los deberes,  
Su tristeza, sus placeres;  
Vedla virgen, vedla madre.

Virgen vereis la inocente  
Cruzar en su edad primera,  
De este mundo la carrera  
Amando al Omnipotente.

Veréisla cortar las flores,  
Sus perfumes aspirar,  
Ó ya extasiada escuchar  
Los canoros ruiseñores.

Y si alguno la repara  
Y la confiesa su amor,  
Vereis que bello rubor  
Cubre de carmin su cara.

É inocente su camino  
Veréisla siempre cruzar,  
Anhelando sólo amar,  
Pues es amar su destino.

¡Madre!... ¡Cuán dulce armonía  
Encierra tan santo nombre!  
¡Siente tal placer el hombre  
Al esclamar: ¡Madre mia!

Ella mece al tierno niño  
En su maternal regazo,  
Y le prodiga un abrazo  
Con indecible cariño.

Ella con dulce emoción  
Enjuga su tierno llanto;  
Ella le muestra el encanto  
De la santa religión.

Y ella, en fin, aunque os asómbré,  
Siempre tierna, siempre amante,  
Celosa á su tierno infante  
Le ayuda á adquirir un nombre.

Ese es, séres, la mujer;  
Bendigamos su destino.  
¡Es tan triste su camino!  
¡Amar, sentir, padecer!...

Por eso el sábio Hacedor,  
Cual rémora á su tormento,  
La dotó del sentimiento  
Más sublime: el del amor.

JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

Agradablemente sorprendida con la bellísima carta que á continuación inserto, no he podido resistir al deseo de honrar con ella las columnas de mi humilde publicación, aun á riesgo de ofender la excesiva modestia de su autora sin cuyo permiso lo hago.

Elocuentemente contesta mi querida amiga á la dedicatoria que la he dirigido en la primera página de *El Hogar con fuego*, revelando en ella su claro talento y las relevantes dotes que como escritora notable, como esposa ejemplar y como madre tiernísima la distinguen.

Escribe, Julia mia, escribe para *La Mujer*; ayúdame en la improba tarea que me he impuesto y enseña á la humanidad con tus saludables máximas, lo que la muestras con el ejemplo de tus virtudes en el hogar doméstico.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Querida Faustina: he visto el primer número de LA MUJER, y en él la carta que me diriges dedicándome tu novela *El hogar sin fuego*. No la conozco; pero escrita por tí, la juzgo buena desde ahora. El asunto me agrada sobremanera, y te agradezco en el alma este recuerdo que me consagras, y que sea en un periódico dedicado á la mujer donde se publique.

La mujer tiene que llenar una misión, que no me atreveré á graduar hoy, superior á la del hombre. Como madre, como esposa, como hermana, y hasta como amiga, ejerce una grande influencia sobre él; que esta influencia sea perniciosa ó saludable, depende en su mayor parte de la instrucción y bondad que ella posea. Por eso felicito tu pensamiento de consagrar el periódico á la educación de la mujer.

En el matrimonio, su misión es muy superior á la del hombre. Le está confiada la paz del hogar, y ella es la que ha de dar á sus hijos la mejor educación posible y un ejemplo intachable. Este no se olvida nunca, y es el cimiento más seguro para crear en las almas tiernas esa bondad que sobrenada más tarde por cima de las pasiones, y hasta de las niñerías anexas á la humanidad. ¡Cuál es el hijo que olvida á su madre! ¡Cuál el que deja de invocarla, por pervertido que se halle en sus momentos de angustia! Al invocar á la madre de Dios, á la del cielo, la confundimos también con la que ese mismo Dios nos ha dado en la tierra. Que se una á este recuerdo el de las virtudes que la adornaron, y me atrevo á res-

ponder que muchos extravíos y hasta crímenes dejarían de cometerse.

De un buen matrimonio, nacen pocos hijos malos; de uno malo, es muy difícil que procedan hijos virtuosos.

La educación de la mujer, y el mútuo amor que se profesen ambos cónyuges, son la base esencial y necesaria de la felicidad y virtudes de la familia.

Pero el amor debe consistir en el conocimiento recíproco de las cualidades del alma, en el profundo aprecio de ellas, en la confianza y sincera simpatía que los una. Por eso, amiga mía, he mirado como el asunto más grave esa unión de que puede depender la desgracia de toda la familia, y quizás la de alguna otra generación después; que las faltas de los padres caen fatalmente sobre las cabezas de los hijos. Por eso condeno los matrimonios de conveniencia, por eso lamento también la ligereza que preside á otra gran parte de ellos, cuya sola base es la atracción de cualidades efímeras.

Sólo el amor, el amor que nace del alma, puede labrar la felicidad, porque él eleva la inteligencia y el corazón. ¿Qué sér que ama de este modo, quiere rebajarse ante la persona amada? La virtud necesita un sosten, necesita siquiera una esperanza. ¿Qué sosten, qué esperanza y qué mejor recompensa aquí abajo, que la satisfacción de merecer la estimación y respeto del objeto que se ama?

¡Ojalá, querida Faustina, que tu periódico y tus novelas vayan con sus sanas doctrinas y buenos ejemplos abriendo un camino para que alcancemos hoy á corregir, y más tarde á desterrar quizá, las causas cuyos efectos por desgracia tocamos!

Este es el ardiente deseo que anima á tu mejor y más apasionada amiga

JULIA JIMENEZ DE MOYA.

### MARIANA PINEDA.

*Esclavos que abomino y que desprecio,  
Gozad vosotros del perdón infame;  
Mi libertad hasta el sepulcro llevo.*

MARTINEZ DE LA ROSA.  
*La Viuda de Padilla.*

El pueblo español que, olvidado de sus grandezas, había sufrido en silencio la humillante servidumbre de Carlos IV; el pueblo, que embrutecido y esquilado pasaba sus días admirando las groseras farsas de sus señores, ó demandando pan en ruidosos motines, al escuchar el grito aterrador del Dos de Mayo, alzándose como un solo hombre tremolaba la santa bandera de su independencia, y regenerado bajo glorioso bautismo de metralla, hacía ver á la asombrada

Europa que en España no se había extinguido el esforzado espíritu de sus naturales, y que al heroísmo de Sagunto y de Numancia respondían en las edades modernas los sangrientos escombros de la leal Gerona y de la inmortal Zaragoza.

Sin embargo, triste pago estaba reservado á aquella raza de héroes que habían sacrificado vidas y haciendas por conservar ileso el trono de un rey ingrato. Al volver el proclamado Fernando de aquel cautiverio, que él mismo con inusitada debilidad había ansiado, indiferente y frío al sublime espectáculo de aquella patria que le recibía en triunfo abriéndole carrera sobre las humeantes ruinas de sus ciudades, no tardó el monarca redimido en demostrar su indiferencia al recuerdo de tantas hazañas en su pro acometidas, y proclamar que la idea exclusiva de un dominio brutal y absoluto le embargaba por completo.

Los ilustres patricios que, despreciando la muerte, habían plantado en los muros de la noble Cádiz la sacrosanta bandera de la libertad, proclamando al tronar de los cañones enemigos el código fundamental de las modernas instituciones, aquellos nuevos titanes de las leyes, que glorificaban la cifra de 1812 como complemento de la trabajosa jornada comenzada por los mártires de Villalar, al romper con su esfuerzo las cadenas que en tierra extranjera retenían al soberano español, halláronse á su vez perseguidos ó exterminados por el mismo á quien acababan de salvar.

Entronizado Fernando, y después de vergonzosas reacciones, vióse España sumida en la lóbrega noche del más cruel despotismo, y víctimas los leales de la proscripción ó la muerte.

Era en julio de 1830, cuando la revolución batió sus alas sobre la Francia y el caduco trono de Carlos X se derrumbó sin más esfuerzo que el de una lucha de tres días: Los Borbones fueron reemplazados por los Orleans; á la monarquía tradicional é imposible, porque las restauraciones son meteoros sin lumbre propia, sucedió la monarquía revolucionaria. Tembló el absolutismo español, alentaron los proscriptos de la libertad, y Francia regenerada les ofreció protecciones que el egoísmo de Luis Felipe extinguió presto. Aquel rey que debía su corona á un alzamiento popular, olvidóse también de ser agradecido, y los españoles expatriados sufrieron del monarca Orleans el severo tratamiento que les lanzó á la desesperación.

La lucha iniciada comenzó: mientras los proscriptos intentaban alzar la nación por la causa de la libertad, los régios decretos condenaban á muerte á cuantos prestasen apoyo á los liberales.

Las montañas de Galicia y las cumbres del Pirineo se teñían en sangre española; se alzaban los cadalsos, se cerraban las universidades y se abría en Sevilla la escuela de tauromáquia, como si el ánimo de aquel rey inconsecuente, instigado por la ferocidad de un Calomarde y del brutal obispo de Leon, fuese á apagar en el pueblo español todo instinto generoso y embriagarle en vapores de sangre y de matanza. Las ejecuciones se sucedían sin cesar; premiábase á los traidores; pagábase con honras la delacion; Mina, San Miguel, Milans, esquivaban la muerte con arrojo heroico; henchidos los calabozos, sin descanso el verdugo, sufren la cadena nobles patricios y honrados ciudadanos, Bringas, Torrecilla, Aranda; es ahorcado el infeliz Miyar, y el ilustre don Salustiano Olózaga salva su vida milagrosamente y se condena á la proscripción.

Entonces es tambien cuando en el catálogo de los mártires inscribe su nombre una mujer; que en España, en ocasiones supremas, el bello sexo, olvidando su natural debilidad, ha sabido colocarse á la altura de los héroes más esforzados.

Esta mujer, esta heroína, esta mártir, es *Mariana Pineda*.

\*  
\*  
\*

Era la mañana del 26 de Mayo de 1831. El pueblo de Granada, ávido de novedades, avezado como entonces se hallaba á presenciar sangrientos espectáculos, bullía en confusion en torno al lúgubre cadalso alzado junto á la Verja del Triunfo.

Hombres, mujeres de la clase baja, se disputaban un lugar para asistir al drama terrible que se preparaba; acordonaban las tropas el sitio de la ejecucion, vigilaban los ministriles, y el sol, como avergonzado, velaba sus rayos detrás de cenicientas neblinas. Sonó la hora señalada, agitóse en oleadas la muchedumbre impaciente, y el plañidero toque de difuntos en los templos cercanos se mezcló con el de las campanillas de los agonizantes. Rompiendo por entre la multitud, avanzó la fúnebre comitiva; soldados y voluntarios realistas, alguaciles y sacristanes, frailes y hermanos de la caridad, el pregonero precediendo al verdugo, y detrás de éste, sobre un borrico y sentada en humildes jamugas, vestida de sarga negra, una mujer jóven, hermosa, con la cabellera rubia destrenzada, pálido su rostro alabastrino, serenos sus ojos azules, y plegados sus lábios por una leve y límpida sonrisa de cristiana resignacion. Exhortaban los sacerdotes á la sentenciada, y clavaba ella sus ojos en el crucifijo sujeto á sus manos de marfil por inexorable cordel; las cajas redoblaban sin cesar, las campanillas seguían su extridente toque, la multitud inmóvil, silenciosa, y sobre ella el afrentoso patíbulo, ter-

rible, aterrador, con los palos tendidos al aire como brazos esperando la víctima.

Víctima ilustre é inocente, que bajaba al sepulcro radiante de belleza y juventud.

Mariana Pineda acababa de cumplir veintisiete años y hacía nueve que vestía tocas de viudez por su esposo D. Manuel Peralta. Hija de Granada y relacionada con lo más escojido de la poblacion, tal vez por los antecedentes de su difunto marido, Mariana era tenida entre los realistas furibundos, como un tanto decidida y partidaria de las ideas liberales. Un mónstruo de iniquidad, alcalde del crimen de Granada, y llamado D. Ramon Pedrosa, animado tal vez por particulares rencores y quizá por despechos de desdichadas repulsas, encubriendo sus ódios con aparentes tintes de justicia ó deber, dió en señalar á la jóven viuda como cómplice de la fuga de don Fernando Alvarez Sotomayor, preso en las cárceles de la ciudad, y amenazado de muerte afrentosa. Arrollado por sus propios instintos, el cruel magistrado constituyóse en perenne espía de doña Mariana, ansiando hallar ocasion que le facilitase una venganza tan deseada como injusta; ocasion que por desdicha él supo hallar sin gran esfuerzo y dignamente auxiliado por sus agentes.

Un clérigo fanático, comprado por el juez, acusó á Mariana de haber bordado una bandera de seda morada con el lema *Ley, Libertad, Igualdad*, y cuya enseña que estaba destinada á servir en un alzamiento aplazado, halló el referido eclesiástico en la casa de dos hermanas bordadoras, que él visitaba y que se ocupaban en coser y adornar la bandera mencionada.

Calumnia infame ó hecho verdadero, nada más fué menester para la desgracia de la hermosa granadina; Pedrosa satisfecho, vió realizado su plan, hizo trasladar de nuevo la bandera á casa de Mariana, la policía llegó despues y aunque la tela fué hallada en el piso segundo habitado por D.<sup>a</sup> Úrsula de la Presa, Mariana Pineda, que adivinando la maldad de sus perseguidores, habia tratado de huir en el primer momento, fué detenida y trasladada al beaterio de Santa María Egipcíaca y de allí á la cárcel pública de donde habia de salir para el cadalso.

El fiscal Aguilar, como no podia ménos de suceder, pidió la pena de muerte, el juez Pedrosa la impuso y la sala de alcaldes confirmó el asesinato. Feroz é irrisorio escarnio de la justicia; terrible baldon, que vino á aumentar el cúmulo de sangrientos crímenes cometidos para glorificar á un monarca cruel y para servir los intereses de sus dignos consejeros y repugnantes esbirros.

Varonil esfuerzo demostró Mariana en la capilla; admitió conmovida los últimos consuelos de la religion y su resignacion cristiana, enterneció

á sus confesores el franciscano Juan de la Hijosa y el caritativo párroco Garzon. Serena en sus postreros instantes, escribió la infeliz dama algunas manifestaciones, siempre firme en su negativa de declararse culpable, ni delatar á persona alguna: recomendó á sus amigos sus dos hijos, niños de tierna edad, Manuel y Luisa, siendo el primero acogido por el dignísimo presbítero Garzon y la niña adoptada por el ilustre D. José de la Peña y Aguayo, ministro que fué más tarde del Gobierno constitucional.

Concluidas sus últimas disposiciones, Mariana, llevando hasta el fin su abnegacion, se preparó á morir con la entereza de un mártir, perdonando á sus verdugos.

El sacrificio se consumó para mengua y afrenta de aquellos tiempos de fanatismo y locura; la jóven heroína subió al patíbulo, convertido por ella en trono de gloria; Mariana Pineda sucumbió al furor de aquellas hordas del despotismo, protegidas por el cetro: hordas feroces que á poco tiempo habian de desbandarse aterradas al aparecer en el horizonte pátrio el sol esplendoroso de la libertad y de la civilizacion.

La pátria reconocida siempre, cubre hoy de laureles las tumbas de sus hijos esclarecidos y rinde respetuoso homenaje á la memoria de la virtud sacrificada, del heroísmo cristiano, de la ilustre mártir, *Mariana Pineda*.

JOAQUIN TOMKO Y BENEDICTO.

## EL JARDIN DE LA VIOLETA.

(Tradicion.)

### I.

Cerca de la aldea de Waterloó, de esa Waterloó que tanta importancia tiene en la historia de la humanidad, porque fué testigo y teatro de la derrota del gran ambicioso de nuestro siglo, existe hoy una pequeña estension de terreno rodeada de tapias rústicas y cerrada por una casita de miserable apariencia.

Nadie cultiva aquella tierra, nadie traspone la tapia, nadie habita la casita, y sin embargo, nada más pintoresco, nada más florido, nada más feraz ni más fecundo que aquel jardin melancólico y poético.

Entre la multitud de enredaderas y de plantas silvestres que lo adornan y embellecen, sólo una flor le presta su perfume.

Una violeta pudorosa, delicada y lozana en todo tiempo.

La violeta, el jardin y la casa tienen una tradicion.

Voy á contárosla.

### II.

Allá por los años de 1813, y á principios de Junio, habitaba la casita del valle una niña llamada María, en quien Dios habia retratado toda la belleza de sus creaciones.

Huérfana de padres alemanes, la pobre niña habia pasado su infancia en la casita sin más compañeros que su plantas de su jardin, y sin otra madre que una magnífica violeta que en el centro de él crecía y se ostentaba como reina del melancólico valle.

María acababa de cumplir 15 años y amaba. ¿Qué mujer no ha amado á los 15 años?

María amaba con delirio, con entusiasmo, con toda su alma.

El objeto de su amor era digno de ella.

Vivia en un pueblecito inmediato; la veía diariamente, y la vida de los dos amantes se deslizaba alegre y feliz en aquellas fértiles praderas, donde jamás anidaron el rencor ni la envidia, esos dos sentimientos desencadenados siempre sobre los pueblos, y que son el eterno castigo del que los siente fermentar en su alma.

Manuel, que así se llamaba el amante de María, era francés y acababa de cumplir 20 años.

\* \* \*

Trascurrió algun tiempo.

María seguía habitando su casita del valle y amando á su Manuel.

Llegó Junio del 1815.

Una mañana, María vió bajar á su amante por el lindero del bosque, pálido y desencajado como nunca.

La niña tembló.

Un secreto presentimiento le decía que su felicidad concluiría muy pronto.

Manuel llegó hasta la puerta de la casita.

—¿Qué tienes, Manuel mio?—le preguntó María,—vienes pálido; ¿estás enfermo?

—Nó, no estoy enfermo, María de mi alma,—replicó el jóven besando la frente pura de su amada,—no tengo más que una triste noticia que comunicarte.

Hubo un momento de pausa.

El jóven prosiguió:

—Vamos á separarnos pronto, muy pronto.

María inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró.

La idea de una separacion era para ella el peor de los tormentos.

—Vamos á separarnos,—continuó Manuel,—y vamos á separarnos tal vez para siempre. La pátria me llama; el emperador ha publicado un edicto para que todos los franceses empuñen las armas y acudan á aumentar las filas de su ejército: yo parto esta tarde misma; tal vez no nos volvamos á ver.

María, inclinada la cabeza sobre el pecho, seguía llorando sin pronunciar una palabra.

El sentimiento no la dejaba espresarse.

—El emperador—dijo por fin entre sollozos,—llevó á tu padre á la muerte en San Juan de Acre, ¡quién sabe si te llevará á tí á lo mismo, Manuel mio! Para el emperador no hay bastantes hombres en toda la Francia.

—Tú tendrás siempre noticias mías, María,—prosiguió Manuel—mira, esa violeta que esmalta tu jardín y que tantas veces ha sido testigo mudo de nuestra felicidad, te dirá con su actitud todo lo que á mí me suceda: mientras la veas lozana, mi vida no peligrará; el día que la veas palidecer y marchitarse, ese día será el de mi muerte.

Y enjugando las lágrimas que ya asomaban á sus ojos y besando segunda vez la frente de la jóven, se separó de sus brazos y desapareció por la espesura.

María solo articuló un ¡dios! débil y cayó desolada.

Ya era tiempo.

Prolongar aquella escena hubiera sido matar de dolor á la pobre María.

\* \* \*

Llegó el 15 de Junio.

María, pálida y llorosa, pasaba las horas junto á su violeta, que desde la marcha de Manuel nada había perdido de su lozanía.

Una noche María, sintió que el corazón le latía con violencia y que las lágrimas se agolpaban á sus ojos pugnando por salir.

—¿Qué será?—dijo la pobre niña.—¿Qué le pasará á mi Manuel?

Y en el momento mismo, como contestando á sus palabras, un trueno horrible, cuyo prolongado tableteo turbó el silencio de la noche, la hizo poner en pié.

María corrió al jardín á cubrir á su violeta para que la tempestad no la marchitase.

La lluvia caía á torrentes.

El trueno se oía retumbar á lo léjos.

La azulada luz de los relámpagos alumbraba á María, que con sus tiernas manecitas cubría la flor de sus amores.

Así pasó la noche.

El día amaneció lluvioso.

María no se movió del lado de su flor, que aunque lozana empezaba ya á inclinar su corola hácia la tierra.

Cesó la tempestad.

(Se continuará.)

## CRÓNICA MATRITENSE.

Varios é importantes acontecimientos se han ofrecido á la pública contemplación durante el período que comprende esta *Crónica*.

Fastuosos preparativos se dedicaron á la celebridad del vigésimo quinto aniversario de la exaltación de Pío IX al pontificado; suceso que el refinado misticismo acata como milagroso prodigio, y que vino á lanzar el *mentís* más solemne y elocuente sobre aquella profética frase: *Non videbis dies Petri*.

El pueblo católico de Madrid se disponía á llevar la ofrenda de su fé en aras de su religión; pero como en este país todo parece estar sentenciado á servir de pretesto á la política, la función religiosa preparada se la hizo cambiar de carácter; y como si se tratase de una farsa bufa, revistieronla de decoraciones y escenas tan impropias como profanos sus actores.

No es de este lugar narrar los hechos, ni mucho ménos juzgarlos: basta conocer los efectos para averiguar las causas: basta saber la falta de creencias, el cinismo y la hipocresía que inspira á los más audaces, y el fanatismo y la ignorancia que tiene contagiados á los más incautos, para ver, por muy embozados que parezcan, el instrumento y la voluntad que lleva á cabo tamañas obras.

No es ocasión esta tampoco de execrar tan criminales profanaciones, pues que la opinión pública ha fulminado ya sobre ellas el merecido anatema. La conciencia de provocadores y provocados bastará á expiar los abusos cometidos por la inconsciente conducta de los unos y los vertiginosos delirios de los otros.

Corramos un velo sobre los inauditos espectáculos que presencié Madrid, tomando por pretesto una manifestación religiosa, y demos al olvido semejantes actos con que rinden culto á la patria y al catolicismo los que, plantas exóticas de la especie humana, no tienen clasificación, ni ideas, ni creencias, y los que no abrigan más que bastardos sentimientos, facciosos y sacrilegos de toda libertad y de toda religión.

¡Triste recuerdo asalta nuestra mente al trazar estas líneas!

¡Recuerdo que nos presenta el luctuoso cortejo en la mansión de la quietud, de la nada y del olvido, donde aparece levantado un humilde mausoleo, sin otras galas que la pobreza!

¡Allí yace, sin embargo, una grandeza de alma, de corazón, de talento y de virtudes!

¡Allí yace la materia inerte, el cuerpo helado, las cenizas inanimadas de Carlos Rubio!...

Si desde su tumba fría pudiera dar un solo rayo de su inspiración sublime, ó uno de los rasgos de su ebúrnea pluma; si su recuerdo querido pudiese prestar una imagen de sus divinas concepciones, ó una sombra del colorido con que sabía pintar las creaciones de su galana y fecunda imaginación, fácil fuera rendirle aquí un tributo digno de su memoria.

Pero aun disponiendo de estos elementos, todos juntos serían impotentes; porque cuando el corazón habla, la lengua enmudece; porque cuando el alma siente, el pensamiento duerme.

Por eso el más humilde de sus admiradores, consagra una ofrenda de respeto y cariño al invicto soldado de la libertad, al consecuente político, al honrado ciudadano, al eminente patricio, al insigne poeta, al virtuoso génio y mártir, al malogrado amigo Carlos Rubio...

Este mundo está lleno de contrastes.

Dejemos la región del luto, demos una breve tregua á las lágrimas, y venid conmigo, lectoras, á la mansión donde el fausto brilla en todo su esplendor.

En la noche del mencionado día, y en el régio alcázar de la plaza de Oriente, se verificó una recepción suntuosa donde SS. MM. obsequiaron con un concierto instrumental escojidísimo, á más de 400 personas que asistieron á

los reales salones, entre las cuales estaban representados los Cuerpos Colegisladores, las primeras autoridades de la nación, lo mismo civiles que militares, y corporaciones de todas clases.

A la una de la mañana, después de ejecutar variadas piezas la notable orquesta que dirigió el Sr. Monasterio, y de servirse en los intermedios un esquisito *bufet*, los convidados salieron altamente satisfechos de la fina galantería y de la amable franqueza que les dispensaron nuestros augustos reyes.

S. M. la reina que vestía un elegante traje blanco y rosa, adornada su cabeza con una diadema, y el cuello, pecho y broches de los hombros con alhajas de gran valor y esquisito gusto, haciendo descollar su peregrina belleza entre las joyas que la recamaban como perlas de rocío sobre la corola de las flores.

El arte ha estado de enhorabuena durante la última semana.

En el elegante TEATRO Y CIRCO DE MADRID tuvo lugar en la noche del 22 la primera representación de la ópera cómica del maestro Auber, titulada *Aydée*, arreglada á la escena española por los Sres. Barbieri y Puente y Brañas. Un lleno tan completo como escogido aplaudió las bellezas de la música, digna del reputado autor francés, y ya conocida en parte de los *dilettanti* madrileños. El libreto está versificado con fluidez, y tiene situaciones de efecto. La orquesta y coros llenaron su cometido. Pero lo que más entusiasmó al elegante público, fué el feliz desempeño de la simpática Zamacois en su interesante papel, y muy especialmente en el acto segundo, donde tuvo que repetir una barcarola á instancias de la elegante concurrencia que la tributó justas palmas. La *mise en scene* servida con lujo y aparato, agradó tanto como las preciosas decoraciones del segundo y tercer acto.

La empresa del BUEN RETIRO, después de funcionar en LOPE DE RUEDA, en tanto que el estado de la temperatura no permitió inaugurar sus amenos jardines, abrió estos anteanoche, con una numerosa concurrencia que salió sumamente complacida de la acertada ejecución con que interpretaron sus respectivos papeles, en la zarzuela *El Relámpago*, las Sras. Rivas y Rubio y los Sres. Soler y García Banda. Una música militar ejecutó variadas piezas en los intermedios y terminó el espectáculo con un baile nacional. Recomendar la asistencia al BUEN RETIRO, sería inútil, sabiendo que, además de la compañía lírico-dramática con que cuenta la empresa, y los notables espectáculos que prepara, tiene iluminados vistosamente sus pintorescos paseos, é instalado un esmerado café, cuyo servicio está á cargo del reputado Sr. Fornos.

En el concurrido CIRCO DE PRICE, han empezado sus tareas los nuevos artistas, que en su afán de agradar al público, el Sr. Price, ha contratado para dar novedad á sus variadas funciones. Merecen especial mención los ejercicios ecuestres que ejecuta la graciosa Adelina Samuel, Mr. Raslas en la cuerda volante, Mr. Alhja y Ellis, y sobre todo la familia Elvini en los notables *juegos orientales*.

También los CAMPOS ELISEOS, después de la suspensión que sufrieron á causa de lo desapacible de la temperatura, han reanudado sus interrumpidos espectáculos, entre los cuales son dignos de notarse el tamboreólogo prusiano, Raynor el negro y su compañero, que obtuvieron un triunfo en sus especiales y respectivas habilidades, lo mismo que la exposición de magníficos cuadros cromofundentes del conocido Williams, que en nada desmerecen de los que exhibió en el teatro de LOPE DE RUEDA.

EL TEATRO MARTIN, tan favorecido del público durante la anterior temporada, ha inaugurado la de verano con una nueva compañía dramática compuesta de artistas

inteligentes y la cual ha puesto en escena con lisonjero éxito varias obras originales de aplaudidos autores. Entre estas, las que más han llamado la atención, han sido *Los dos crepúsculos* y *El Mundo al revés*, luciendo en esta última el Sr. Cortés sus excelentes dotes de autor y actor á un mismo tiempo.

La escasez de espacio no me permite estender la presente Crónica; y como en sus estrechos límites no es fácil considerar en detalle los espectáculos que trató á grandes rasgos, y como además no posé el don de la ubicuidad, no he podido examinar pormenores. Interin tengo el gusto de escribir la revista del número próximo, yo ofrezco á las empresas dedicarlas algunos momentos de exámen, y á vosotras, lectoras, os prometo ser más estenso en detalles. Hasta entonces, adios.

VENUSTIANO R. HUBERT.

Madrid 24 de Junio 1871.

### Solucion á las charadas insertas en el número anterior.

1.<sup>a</sup>

Es *Caro* prima y segunda;  
*Roca*, segunda y primera,  
*Cana*, primera con cuarta;  
*Lina*, con cuarta, la tertia;  
Y si el todo es *Carolina*,  
Queda resuelto el problema.

2.<sup>a</sup>

Siendo mi primera *Cor*,  
Hace con segunda *Corte*;  
Anteponiéndola á tertia,  
Verás que *Corza* componen;  
Y mi todo que es *Cortez*a  
La tiene hasta el *Alcornaque*.

### CHARADA.

Lector querido, en el mar  
Hallas segunda y tercera,  
Y segunda con primera  
Hace al barco zozobrar.

Lo que es prima en portugués  
Hay con profusion en China,  
Y el todo, bien se adivina,  
Pues delante tí lo ves.

### CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Se publica desde Junio los dias 8, 16, 24 y 30 de cada mes. Dará ocho páginas á dos columnas, que contendrán artículos y revistas de ciencias, literatura, educación y otros de interés general, y separadamente para que pueda encuadernarse aparte, ocho páginas de novelas originales españolas. La primera, de la Sra. Saez de Melgar, se titula *El Hogar sin fuego*. Regalará retratos de celebridades, pliegos de dibujos y patrones, y un figurin de modas cada estacion.

### PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

Un trimestre, en Madrid 12 rs.—Semestre 24. Provincias: trimestre 15 rs.—Semestre 30. Estranjero y Ultramar: Un año 100 rs.—Un semestre 60.

Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias y en todas las administraciones de Correos de España, y en la administración, Valverde, 16, bajo.

MADRID: 1874.—Imprenta de los Sres. Rojas,  
Valverde, 16, bajo.